

«En el panteón de los escritores que consiguieron capturar la voz y la emoción de una era están Welty, Warren, Faulkner y Wolfe. Deb Spera puede compararse con ellos. Hágase con este libro, es una joya».

HIJAS del SUR

DEB SPERA



HarperCollins
Narrativa

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Breve introducción](#)

[Parte I](#)

[1. Gertrude Pardee](#)

[2. Annie Coles](#)

[3. Oretta Bootles](#)

[4. Gertrude](#)

[5. Retta](#)

[6. Gertrude](#)

[7. Retta](#)

[Parte II](#)

[8. Annie](#)

[9. Gertrude](#)

[10. Retta](#)

[11. Gertrude](#)

[12. Annie](#)

[13. Retta](#)

[14. Gertrude](#)

[15. Retta](#)

[16. Annie](#)

[17. Retta](#)

[18. Gertrude](#)

[19. Retta](#)

[20. Annie](#)

[Parte III](#)

[21. Retta](#)

[22. Gertrude](#)

[23. Annie](#)

[24. Retta](#)

[25. Annie](#)

[26. Gertrude](#)

[27. Retta](#)

[Parte IV](#)

[28. Annie](#)

[29. Retta](#)

[30. Gertrude](#)

[31. Annie](#)

[32. Retta](#)

[Parte V](#)

[33. Gertrude](#)

[34. Retta](#)

[35. Gertrude](#)

[36. Retta](#)

[37. Gertrude](#)

[38. Annie](#)

[39. Después](#)

[Agradecimientos](#)

Para Mamaw

Breve introducción

De niña, me fascinaban las historias de las penalidades sufridas por mi familia, y estas historias cobraron aún más protagonismo cuando fui madre y tuve mi propia familia. Esta fascinación acabó colándose en las páginas de este libro. Aunque *Hijas del Sur* es una obra de ficción, las voces de mi abuela y de mi bisabuela me acompañaron con tanta intensidad mientras la escribía que sentía la presencia de ambas a través de señales y portentos. Escribía en el porche de atrás y durante un mes vino a verme a diario un pajarillo, que incluso entró en casa conmigo en tres ocasiones. Dejaba que le cogiera. Algunas mañanas se quedaba en la puerta de atrás como a la espera del momento oportuno para pasar. Este fue uno de los muchos acontecimientos que me hicieron pensar en el vínculo tan estrecho que tenemos con el mundo natural y con lo que hay más allá.

Pocas veces se menciona el hecho de que el Sur se sumió en una profunda crisis financiera mucho antes del crac de Wall Street de 1929. El algodón era el principal cultivo de la zona antes de que la plaga del gorgojo diezmará su economía desde 1918 hasta mediados de los años 20. Muchas personas murieron de hambre. Mi familia, como tantas otras, padeció el doble impacto de la Gran Depresión que sobrevino poco después.

Cuando era pequeña, solía ir desde Kentucky a Branchville, Carolina del Sur, para ver a mi bisabuela, Mama Lane. Hervía cacahuetes recién cogidos, salía de casa para ir al retrete exterior, desplumaba gallinas y descascarillaba nueces pecanas para el invierno. Mama Lane crio a cinco hijos en Branchville. Vivían en Highway 21 (conocida también como Freedom Road, la Carretera de la Libertad), en una casita de alquiler que no tenía instalación de fontanería. Nada más salir de la cocina había un surtidor rojo que abastecía a

la familia de agua para las necesidades cotidianas. Mi bisabuelo murió cuando sus hijos eran pequeños en un accidente del aserradero en el que trabajaba. Después de su muerte, Mama Lane dejó a los niños con distintos parientes para tenerlos alimentados hasta que encontrase un empleo que le permitiese reunir de nuevo a la familia.

Los fines de semana y casi todos los veranos me quedaba con su hija, mi Mamaw, mi abuela, que se pasó la infancia recogiendo algodón y fregando porches por cinco centavos. Eran, decía, tiempos desesperados; en la adolescencia se quedó sin dentadura por culpa de la desnutrición. Fue madre de seis y abuela de ocho, y le aterraba que cualquiera de nosotros pudiera tener lombrices. Estaba convencida de que se debían a la falta de higiene, lo cual tal vez explique por qué nos frotaba tan fuerte a la hora del baño. A Mamaw, la cocina lowcountry se le daba de maravilla. Jamás seguía recetas, y embotaba y congelaba todo lo posible de lo que le daba el huerto. Me pasó su receta del pastel de melocotón tal y como la reproduzco en este libro.

Gertrude, Retta y Annie son fruto de mi imaginación. Las tres son amalgamas de muchas mujeres con las que me he ido tropezando a lo largo de la vida o a las que conozco bien, mujeres que han sufrido debido a sus circunstancias o al color de su piel. Mientras recopilaba datos para escribir este libro, me topé con Clelia McGowan, que interpreta un pequeño cameo en estas páginas. Clelia está enterrada en los libros de Historia de Charleston, pero su vida es un brillante ejemplo de lo que las oportunidades, la educación y la valentía pueden conseguir. Después de que su marido muriera de neumonía, Clelia tuvo que criar sola a tres hijos. Fue presidenta de la Liga del Sufragio Igualitario de Charleston, y una vez que la Decimonovena Enmienda se ratificó en agosto de 1920, el gobernador de Carolina del Sur la nombró para la Junta de Educación del estado. Fue así como McGowan se convirtió en la primera mujer asignada al ejercicio de un cargo público. En 1923, su colega Belizant

A. Moorer y ella fueron las dos primeras mujeres de la ciudad de Charleston en ser elegidas concejalas.

Dudé mucho sobre si debía incluir o no la «N-word»^[1] en esta novela. Es una palabra que desprecio profundamente, pero me pareció que evitarla sería falsear la época y el lugar en los que se desarrolla la trama. Históricamente, la «N-word» se ha utilizado como herramienta para degradar y deshumanizar a toda una raza. Pasar por alto su existencia equivale a pasar por alto las tribulaciones sufridas por la comunidad afroamericana a manos de la mayoría blanca. He utilizado la palabra con moderación en estas páginas para dejar patente el bajo nivel moral de una sociedad poco dispuesta a asumir la responsabilidad por el dolor y el sufrimiento infligidos a una gran parte de la población.

Muchos de los escenarios que aparecen en este libro siguen existiendo en la actualidad. Shake Rag es un pequeño barrio negro de Branchville. Aunque no figura en ningún mapa, cualquier persona con la que te cruces por la calle sabrá indicarte dónde está. En Branchville (o, en su origen, «the Branch», el ramal) hubo tres campamentos de nativos americanos. El nombre procede de un ramal de un camino que se bifurcaba justo al pie de un viejo roble en el que se reunían los comerciantes a intercambiar mercancías. El ramal estaba tan bien situado que la vía férrea de Branchville, construida en 1828, recorre la misma ruta.

El campamento de la novela se basa en el de Indian Fields, que lleva existiendo en la localidad de St. George desde 1838. Este campamento metodista de revitalización religiosa consiste en noventa y nueve cabañas (las llamadas «carpas») y un templo al aire libre («tabernáculo») con cabida para mil personas sentadas. Las carpas se transfieren a los miembros de la misma familia de generación en generación y están situadas alrededor del templo en forma de círculo, símbolo de la experiencia religiosa compartida. El campamento se sigue celebrando todos los años la primera semana de octubre, la fecha que tradicionalmente señala el

final de la recolección. Aunque en años recientes se ha instalado la electricidad, sigue siendo bastante primitivo. Los aseos son retretes exteriores, uno por carpa y con su mismo número. Sigue habiendo una competencia tácita entre las carpas en torno a cuál tiene la mejor cocinera. La morcilla de pulmón de cerdo, en efecto, existe. La he probado. Y no está nada mal.

Cuanto más documentaba esta historia, más me asombraba el espíritu de resistencia de Mama Lane y Mamaw, que, siendo mujeres jóvenes de escasos recursos, se mantuvieron firmes y sobrevivieron durante una gran crisis. La bravura de su maternidad es para mí una lección de humildad y una fuente de inspiración. Mama Lane y Mamaw ya no están con nosotros, pero sigo volviendo a Branchville y a Charleston. Mama Lane murió en 1992 a los noventa y dos años, justo una semana antes de que naciera mi hija. Mamaw murió en 1995, once meses después de que su hijo, mi tío Boogie, falleciera. Antes de morir, me prometió que me enviaría una señal en cuanto llegase al lugar al que iba, a modo de prueba de que se encontraba bien. «Seguramente —dijo—, a través de un pájaro». Justo antes de que cruzase al otro lado, oyó un coro cantando su nombre. También yo oigo una voz anónima cada vez que viajo a Carolina del Sur. Sin falta, a medida que el avión empieza a descender sobre los vastos estuarios, las voces me llegan suaves pero con toda claridad. Susurran una sola palabra, una y otra vez: hogar.

[1] Modo eufemístico de referirse a «nigger», término ofensivo que en castellano no tiene una traducción precisa: «negro» o «negrata» se acercaría sin llegar a recoger todas las connotaciones del término. (N. de la T.)

PARTE I.

1. Gertrude Pardee

Es más fácil matar a un hombre que a un caimán, pero la espera es parecida. Hay que estar al acecho, y cuando se despista se le pega un tiro en la nuca. La caimana a la que estoy vigilando también me vigila a mí. Estoy al final del periodo y huele la sangre, así que está medio dentro, medio fuera del agua, tendida sobre la franja de tierra seca que nos sirve de sendero para cruzar el pantano y salir a la carretera. Estoy apoyada contra un viejo ciprés. Formamos una extraña pareja. El dolor me da náuseas. Estoy agarrotada de tanto esperar, pero no importa. Nada de esto tiene importancia, solo esta franja de tierra extendida como una cuerda entre las dos. La bicharraca está de espaldas al nido que ha encontrado hoy mi pequeña Alma. Es toda una señora madre de tres metros de largo, suficiente para que comamos todo este otoño. En la escopeta tengo dos cartuchos, pero solo una oportunidad para matarla.

Cuando nos mudamos a Reevesville, tenía la esperanza de meter a Alvin en vereda, pero a este paso me va a volver loca. No hace otra cosa que beber desde hace casi un año, desde que el gorgojo del algodón arrasó la cosecha. Todo lo que teníamos lo dejamos en Branchville, incluidas dos de nuestras cuatro hijas, para venimos aquí a trabajar en el aserradero de su padre. Confiaba en que con un empleo estable y la barriga llena se enmendaría, pero qué va. Y a saber si lo hará. Ayer a la una cerró el aserradero y no volvió a casa hasta las tantas de la noche. Después encontró la carta en la que mi hermano Berns me decía que había un puesto de trabajo para mí en Branchville. A Berns le odia porque se encarga de las cosas de las que él no puede ocuparse. Me pegó una paliza y me advirtió que me quedase quietecita. Sigue enfadado por la última vez que fui a pedir ayuda a mi hermano. Ahora no puedo abrir el

ojo de lo hinchado que está, no veo nada por él y la única carta que me ha llegado en el último mes con noticias de mis dos hijas mayores está carbonizada.

Alvin se ha pasado toda la mañana en la cama hasta que ha venido su padre y ha puesto el grito en el cielo. Ahora se ha ido a trabajar, hecho polvo de tanto beber, y a nosotras nos suenan las tripas. Me he matado a trabajar en este lugar y no ha servido de nada. Soy la señora de la casa, pero no tengo ni casa ni hogar.

El padre de Alvin me echa a mí la culpa. No lo dice, pero lo noto. Ni siquiera me mira cuando Alvin bebe, que es a todas horas. Mi cuerpo es el campo de batalla del infortunio de mi marido. Más de una vez he oído a su padre decirle que debería tener un hijo varón para que alguien le ayude, pero miro a Alvin y pienso que las palabras de su padre no tienen ni pies ni cabeza. Ahora Alvin no se cansa de repetir que, si tuviéramos un chico, podríamos haber salvado lo poco que teníamos en Branchville. Dice que la culpa de que se vea obligado a andar por ahí merodeando la tengo yo.

Tenemos cuatro hijas; dos de ellas están llegando a la edad de merecer. Aunque en principio podría ser buena cosa, no sé quién las iba a querer, porque no tienen dote. Me huele a que se van a meter en líos, y me preocupa. La mayor, Edna, tiene quince años y no le da ningún reparo hablar con el primero que la mira. Como siga así, esta va a acabar como el mismísimo demonio. La segunda, Lily, tiene trece años y cree que tiene agallas, pero qué va. Me sigue durante todo el camino de vuelta a casa sin parar de pegarme, y luego suplica que la deje entrar por la puerta de atrás porque le da miedo la noche. Cuando yo tenía su edad, a mi madre se le había ido la cabeza y le daba por decir disparates, pero de vez en cuando se le pasaban los ataques y se acordaba de cuidarme como una buena madre.

—Gertie —me dijo una vez—, cuando te cases y estés encinta, te deseo toda la felicidad del mundo, pero espero

que conozcas y comprendas los deberes de una esposa, porque en manos de la mujer está que el hombre prospere o que se malogre. Aunque sea cosa de dos, un hogar feliz es sobre todo responsabilidad de la mujer.

Alvin vino a por mí a lomos de un caballo. Hasta entonces ni siquiera le había puesto la vista encima; fue mi padre el que concertó el matrimonio. Alvin es un hombretón. Fue brusco desde el principio, pero iba a la iglesia y papá decía que era muy trabajador. El día que me fui de casa, a solo dos semanas de cumplir los catorce, mamá estaba sentada a la mesa retorciéndose las manos y murmurando no sé qué acerca de un huracán. Aquel día no había más que nubes de lluvia, pero no había modo de sacárselo de la cabeza. Cuando una chica se va de casa necesita a su madre, pero la mía ya no era capaz de verme. Metí en un morral todo lo que cabía: un vestido de repuesto y un camisón, dos delantales y ropa interior. Una vez lleno cogí una colcha que habíamos hecho entre mamá y yo (sobre todo yo, porque había semillas de algodón en los cuadraditos, mientras que en las colchas de mamá no había ni una semilla), y en el centro puse una sartencita de hierro fundido, unos cacharros y ropa blanca que había ido guardando para el día de mi boda. Me até la colcha al cuello y me eché el morral al hombro. Cogí la vieja muñeca de trapo que estaba colgada de un gancho en la pared del cuarto en el que dormíamos Berns y yo y se la puse a mamá entre los brazos.

—Cuida al bebé —le dije. Era la única manera de que dejase de hablar de la tormenta. Estuvo un buen rato dándole besos y acunándola. Yo pensaba que ojalá ese bebé fuera yo.

Las cigarras llevan toda la mañana chillando como si estuviesen avisando de algo, pero ya sé yo el calor que hace sin necesidad de que me lo digan ellas. El mes de agosto no da tregua: no son ni las siete y ya tengo el vestido empapado de sudor. Es tan viejo y está tan dado de sí que no se pega a nada, solo al sudor. Llevo los dos últimos paños

limpios remetidos en lo que me queda de las bragas, por el periodo. Mis dos hijas pequeñas tienen diez y seis años. Para sobrevivir no les queda más remedio que irse a Branchville. Mary, la pequeña, está enferma. Lleva dos días sin probar bocado y me aterra lo que pueda pasar hoy. Les doy un poco de rapé para mantener el hambre a raya y las limpio como puedo con agua del surtidor de fuera. Las dos están en los huesos, salta a la vista. El hambre nos ha debilitado a todos y no veo que vayan a volverse las tornas antes de que pierda a una de ellas, o a las dos.

Me he propuesto ver a mi hermano para hablar de lo que dice en la carta. Además, a lo mejor Mary y Alma podrían quedarse una temporadita con su mujer y él mientras arreglo las cosas. Tengo que intentarlo. Mary sabe coser un poco, y también limpiar, y come como un pajarito. Y Alma sabe disparar y destripar gorrinos. Y también se sabe las tablas de multiplicar. La enseñé yo, aunque, total, en los tiempos que corren no hay nada que contar y la aritmética no sirve para nada. Cero es cero, no hay más vueltas que darle, pero eso no quita para que sea muy buena cosa que una chiquilla de diez años se las sepa.

Voy a por la escopeta para el viaje que vamos a hacer, pero no recojo el vómito y los excrementos que ha dejado Alvin esta noche. Por la mosquitera rota se cuelan bichos voladores que cubren la porquería. Fuera, la cosa no mejora. El pantano de Polk no tiene piedad. A mis niñas les he arrancado unas sanguijuelas grandes como crías de culebra, y les salieron llagas en los pies por culpa de la humedad. El pantano es un lugar brutal. Pulula de todo, bichos que mejor no saber qué son.

Esta escopeta era de mi madre, una Fox Sterlingworth de dos cañones paralelos. Se la dio su padre, y luego, al morir el mío, Berns me la trajo cuando Alvin me prohibió salir de casa para ir al funeral. Berns se encargó de que el carro fúnebre bajara por el camino de tierra que hay enfrente de la casa en la que vivíamos para que pudiera presentar

mis últimos respetos desde el otro lado de la puerta mosquitera. Después del entierro, volvió y Alvin le dejó pasar al ver que llevaba la escopeta. Berns la dejó sobre la mesa y me dijo que, como era de la familia de mi madre, lo suyo era que se la quedase la hija. Gracias a la escopeta nos hemos llenado el buche. Pienso llevármela hoy para la caminata. Corren malos tiempos, por cinco centavos cualquier chalado estaría dispuesto a matarte en la carretera. Así son las cosas.

Nos pusimos en marcha antes de que el reloj diera la media y nos metimos por el pantano para que los árboles nos protegieran del calor. Me conozco el camino a Branchville. Por el pantano se tarda más que siguiendo las vías del tren, pero nos tenemos que defender del calor del día. Las moscas negras se ceban con nosotras como si fuera la hora del almuerzo. ¡Qué no daría yo por comer así! Alma no quita ojo al borde del camino, por si ve serpientes o cualquier otra cosa que pueda cazar.

—Mamá, mira —me dice, volviéndose. Miro hacia donde señala y veo el nido de caimán más grande que he visto en mi vida. Busco inmediatamente a la madre, pero no está por ningún lado. A juzgar por el tamaño del nido, tiene que ser grande.

—Dios santo, Alma, menudo cacho de nido, ¿eh?

Sonríe, orgullosa de haberlo visto. Mary le da un tironcito y pregunta:

—¿Qué es? Quiero verlo.

Alma la acerca y señala hasta que la niña ve lo que ha encontrado su hermana y se vuelve hacia mí asustada, pero yo sigo andando.

—Los caimanes no salen a cazar hasta que se hace de noche, estamos a salvo —le digo, y dejamos atrás la franja de tierra y pasamos entre las lianas las tres juntas.

Alma sale corriendo para demostrar que se sabe el camino. Es rápida. La he visto trincar una ardilla por el rabo y troncharle el cuello antes de que pudiera darse la vuelta y

morderla. Siempre ha sido ágil, pero de tanto pasar necesidades está perdiendo reflejos. Ya ni sé cuántas veces habrá escapado de las manos crueles de su padre. Tengo miedo de que algún día Alvin coja la escopeta y le descerraje un tiro. Como nos mate, la culpa será mía. Estas dos niñas se irán al infierno por los pecados de su madre, porque aún no las he bautizado.

Mi padre me enseñó a cazar. Lo fundamental es saber esperar. Así que aquí estoy, en cuclillas, esperando. Los ojos de esta caimana no se han apartado ni un segundo de los míos. Papá cazaba caimanes y me enseñó cómo construyen los nidos. La caimana deposita los huevos en la orilla y los tapa con palos, hojas y cosas por el estilo. Después, se queda rondando por los alrededores para cazar y comer, esperando a que las crías la llamen. Papá me dijo una vez que cuando la cría está lista dentro del huevo, chilla hasta que viene la madre y rompe el cascarón para que salga. Después se las lleva una a una al agua y se queda con ellas casi seis meses. Ningún otro reptil hace nada semejante. Pasados los seis meses, si las crías no se van a otras aguas, las mata para no tener que competir por la comida. He visto nidos grandes, pero este lo menos tiene setenta y cinco huevos, lo mismo cien. No me gusta comer caimán. Se te forma una bola cada vez más grande en la boca, sin darte tiempo a masticarlo lo suficiente para tragártelo. Y aunque lo hemos cenado muchas noches, el caimán no es una presa fácil.

Al llegar a la ciudad me cruzo con personas más viejas que Matusalén. Algunas se dirigen a pie a la estación de ferrocarril con las maletas de cartón a cuestas. Seguro que piensan que las cosas están mejor en el norte, y puede que tengan razón. Si tuviera dinero y no tuviera bocas que alimentar, lo intentaría. Las cosas hay que intentarlas. No quiero encontrarme con ningún conocido, así que nos quedamos en las afueras y atravesamos el bosque para ir a casa de mi hermano. Mejor que nadie vea esta maldición que